

LOS LIBROS

<https://doi.org/10.29393/At419-132TCAT10132>

Teilhard de Chardin, la Evolución Desfigurada, de ABRAHAM PIMSTEIN LAMM. Impreso por Arancibia Hnos., Santiago de Chile, 1967.

Dedica Abraham Pimstein un ágil texto de 243 páginas a examinar los puntos más sobresalientes, más personales, más arbitrarios de la obra del sabio sacerdote francés. Lo hace con ánimo combativo, pero sin abandonar la lucidez crítica ni el respeto que merece el eximio jesuita. El honrado "calor de humanidad" que Pimstein pone en sus palabras tiene el mérito de sensibilizar inmediatamente al lector, máxime si éste siente o ha sentido alguna vez el estupor de variado signo que provocan las construcciones teilhardianas. El "lector" —que es espontáneo y no comprometido, que trata de ser comprensivo sin renunciar a su mundo subjetivo— va aportando desde las primeras páginas su colaboración constructiva, hecha de entusiasmo y cautela, de adhesión y reticencia, de inocentes pretensiones rectificadoras entreveradas de refuerzos dialécticos. Este pecadillo de intromisión desenfadada (al fin y al cabo todo lector es un cliente... con derechos) lleva por delante la absolución: ¿quién podría formalizarse ante unos atisbos críticos exentos de malicia? ¿Y qué autor que se estime le pedirá al lector sólo lisonjas? Por Pimstein, por Teilhard, allá van mis modestos "atisbos".

1. Parece que Pimstein debilita en parte su artillería polémica al resbalar por la pendiente del partidismo político y filosófico (¿marxismo dialéctico de tendencia libertaria?). Los disparos serían —para mi gusto— más certeros y demoledores si vinieran de una altura totalmente despejada, no comprometida.

2. La integridad moral y doctrinaria con que Pimstein defiende las ideas del marxismo dialéctico que están en pugna con los planteamientos teilhardianos suscita respeto en el lector, pero también un dejo de ironía. La mirada indagatoria, cautelosa, matizada, versátil, que todo pensador debe practicar, jamás desemboca —ni de lejos— en la fe cerrada del partidario.

3. Véase en las páginas 11-14 el trato duro dispensado a los "revisionistas": véase la condenación del comunista Roger Garaudy por su ademán de

convivencia pacífica con los epígonos de Teilhard de Chardin. Yo creo que Garaudy —por lo que de él se transcribe en este libro— apenas merece reparos, y sí alabanzas. Garaudy ha dicho, por ejemplo: "Teilhard de Chardin separa el mensaje cristiano de la visión "fijista" del universo para aceptar un evolucionismo que da una dimensión cósmica al transformismo de Darwin". Y esto que ha dicho Garaudy está perfectamente dicho, y entraña una aguda percepción de la doctrina de Teilhard, lo cual no significa que Garaudy la suscriba. Por otro lado, ¡tiene tal sabor de grata heterodoxia el que un comunista militante asuma un ademán comprensivo frente a los místicos deliquios teilhardianos...! "Heterodoxos de todos los credos, ¡uníos!"

4. Le censura Pimstein a Teilhard —con razón— su dualismo doctrinal, gremial, eclesiástico, de "materia y espíritu". Y Pimstein incurre en unos dualismos semejantes: "materia y energía", "materia inerte y vida orgánica", "vida animal y vida social"... ¿Hay acaso deslindes precisos en ningún dominio natural? ¿Los hay, particularmente, en la sobada dicotomía del marxismo dialéctico, la de "materia y energía"? ¿Dónde termina la materia y dónde empieza la energía? Sólo por razones didácticas cabe examinar los fenómenos naturales e históricos a la luz del dualismo. Todo parece indicar que "dualismo" y "monismo" son igualmente viejos andamiajes conceptuales que ya cumplieron su misión.

5. Abraham Pimstein posee una fina sensibilidad para los valores humanos, y se alarma justamente ante los designios eugenésicos implicados en la evolución cósmica pero cristiana —y aun "crística"— de Teilhard. Recuerda que "la humanidad abomina de cualquier intento de planificación eugenésica" (p. 210). Le sale el "hombre" a Pimstein, y hace bien. ¡Aviados estaríamos si una operación social y biológica de tal envergadura —la eugenesia— hubiera de ir a parar en manos de un grupo de hombres, de una doctrina místico-biológica, de un partido! Esta actitud de resistencia y de rebeldía del autor hace que aflore en mí también otro género de reparos, otro "non possumus" del hombre libre y disponible ante el hombre condicionado por una doctrina preexistente. En efecto: no veo yo que sea aconsejable ni factible enfrentar el vasto mundo teilhardiano —rico en aciertos y en falacias— desde una sola fortaleza conceptual, la del marxismo dialéctico. Bien veo que abunda la ciencia pura en la argumentación de Pimstein; pero noto también una hipertrofia de rasgos marxistas, clasistas, revolucionarios, con plusvalías y saltos dialécticos, con alienaciones, segregaciones, colonialismos e imperialismos. La verdad es que el motor de la Historia se alimenta de muy variados combustibles: cuenta en ella el temperamento individual de los hombres, el determinismo geográfico, la tradición familiar y nacional, la herencia biológica, la savia de las razas, la iniciativa, la ilusión y la fantasía de los individuos, el azar de las mutaciones, de las invenciones y de los descubrimientos, el apetito genésico, la curiosidad intelectual, la particular dimensión prospectiva de la mente humana, la voluntad de poderío (¡no nos asusten las frases acuñadas!), el afán de servir, la bru-

talidad troglodita, la avaricia, la magnanimidad, el orgullo, la vanidad, el furor creador (¡el uterino a veces!), la tentación aventurera, la seducción del riesgo y del peligro, la nostalgia y la evasión, la apetencia de gloria y de santidad... Cuenta todo esto, y cuenta *también* el materialismo dialéctico, como cuenta *asimismo* la genuina religiosidad quizás patológica de un Teilhard de Chardin. La vida es por suerte demasiado rica y compleja para que uno se deje llevar por un sólo sendero, aunque sea tan amplio y pavimentado como el que han ido dejando los Marx, Engels, Bakunin, Lenin, Trotsky...

6. Las alusiones de Pimstein a la fenomenología son casi todas despectivas. Temo que sólo haya querido captar un aspecto de ella, el de la reiterada postergación del meollo de los problemas en aras de la apremiante y exhaustiva descripción de los fenómenos. Si acaso, parece que Pimstein le haya cobrado ojeriza por ser ella —la fenomenología— un método propio de la filosofía "idealista". De todas maneras, antes que despachar este trato despectivo asumido por Pimstein como un caso de simple prejuicio doctrinal, prefiero prometerme el placer de revisar el alcance político y social que el aporte de Husserl pueda tener. (Otro aguijón, otro mérito de Pimstein. Hay que agradecerlo. ¿No era Sócrates un tábano?).

7. Teilhard ofrece flancos harto débiles. Abundan en él las extrapolaciones y las peticiones de principio. (Esta, la *petitio principii*, es una maleza nauseabunda, frecuente en los escritos científicos y filosóficos). No es menester atacar a Teilhard con "otros" doctrinarismos partidistas, que sólo parecen demolidores por los masivos y reiterados. Pimstein usa muchas y muy plausibles razones polémicas de valor universal: debió haberse limitado —y aun extendido— a este género de argumentos. De Teilhard hay que denunciar sus mostrencos prejuicios sobre el Dios creador, personal, consciente, providente, revelado, dialogante, encarnado. Hay que rechazar su cerrado partidismo cristiano, católico. Hay que pinchar su monstruosa inflación "crística". Hay que desarticular su ingenua evolución geocentrista y teleológica; su prurito de buscarle puntos alfa y omega al mundo: sí, su candorosa hipérbole de este mismo punto Omega, eufemismo convencional y vergonzante que cubre viejos y debatidos conceptos de rigurosa definición canónica. Punto Omega... ¿Quién no percibe el disfraz? Por otro lado, quizás mereció Teilhard una alabanza más generosa por su gracia expositiva, su inventiva, sus metáforas y una severa censura por su aldeana propensión a las mayúsculas (¡vestigios de liturgia!), por su inclinación a los galimatías conceptuales, por su escaso vuelo estilístico... ¡Cuán lejos estamos de Renan, de Bergson, de Valéry, de Camus! ¿Será genuina la impresión de engañifa, de agradable engañifa que deja el guapo y gentil jesuita?

8. Abraham Pimstein se ha distraído algunas veces al tomar el "billón" por los "mil millones". Ello induce a error grave en la cronología de la Tierra, del Sol, del Cosmos. La vejez de "nuestro" Universo parece ser

cosa de unos pocos miles de millones de años. Jamás billones. También pasaron inadvertidas algunas incorrecciones ortográficas.

9. Con todo, este libro es valioso: señala graves fallas de Teilhard y remacha muchos puntos fundamentales de la metodología de las ciencias. Es, además, valiente y decoroso. ¡Rara avis!

ALEJANDRO TARRAGÓ

Recuerdos de Gobierno, de ARTURO ALESSANDRI PALMA.

Pocos políticos chilenos han tenido una vida más accidentada, más rica en experiencias, más contradictoria e interesante que don Arturo Alessandri Palma. Triunfos delirantes, ataques violentos, derrotas electorales, calumnias afrentosas, traiciones, lealtades, fueron conocidas por este tribuno que llegó a la primera magistratura de la nación en 1920, después de una memorable y encarnizada lucha electoral.

El primer tomo de estos *Recuerdos de Gobierno*, publicados por la Editorial Nascimento en sobria edición, se inicia con un interesantísimo prólogo de Carlos Silva Vildósola titulado "El hombre de Estado, el político, el orador, el abogado", discurso pronunciado en la sesión solemne, el año 1933, en la incorporación de don Arturo Alessandri Palma, Presidente de la República en esa época, a la Academia Chilena de la Lengua.

En seguida, el autor narra con soltura los preparativos de su candidatura el año 1919, en un ambiente caldeado por la pasión política y por el brusco despertar de la masa trabajadora que presiente la mesiánica misión que le corresponde al candidato de la Alianza Liberal.

No es tarea fácil comentar "in extenso" un libro de esta envergadura, rico en recuerdos y episodios, en acusaciones, en confesiones, en frases de perdón para aquellos que lo atacaron con saña antes, durante y después de su gobierno. Muchas veces no es fácil dar satisfacción a las masas inquietas, ávidas de conquistas sociales, de reparar injusticias, de ganar el derecho a una vida más justa y más humana. Es lo que le ocurrió a este Mesías popular que prometió iniciar un *evangelio nuevo de solidaridad humana y de redención social*, según sus propias palabras. No obstante, al año siguiente de su mandato, ocurren los luctuosos sucesos y la masacre de obreros en la oficina salitrera San Gregorio, a la que el ex mandatario se refiere en sus memorias en breves líneas, pasando como sobre ascuas sobre un tema que le restó enorme popularidad entre el mismo pueblo que lo llevó al poder.

En las páginas 358, 359 y 360, encontramos severas acusaciones contra el Ejército y la Marina que en 1924 "arrebatarían el gobierno esencialmente democrático que se inició en 1920, el gobierno que representaba a la clase media y al proletariado, para entregarlo nuevamente a la oligarquía que durante tantos años gobernó al país".